UNA GOTA DE SANGRE EN LA BLANCURA DE TU PIEL

(1ra parte de «La condesa Báthory»)

por Alberto S. Insúa

autor de «LA HORA DEL DESQUITE», «EL ASESINO DE LA SECCION DE ANUNCIOS POR PALABRAS» y «CRIMEN POR MISERICORDIA»

Pre: A finales del siglo XVI la Condesa Erzebet Bathory fue responsable de la muerte de más de seiscientas muchachas jóvenes. La descripción de los métodos de torturar y matar que empleaba es rigurosamente exacta, aunque algunos elementos fantásticos estén presentes en este relato y los que le siguen. No obstante, en ésta como en cualquier otra historia, el terror real supera con mucho a la ficción.

Mirando desde abajo, el cuerpo sin vida que pende de una soga y oscila, ligeramente impulsado por el viento, eclipsa en parte la luna llena.

La vieja Dorko sonríe dejando al descubierto sus escasos dientes amarillos apenas vestigios de una dentadura. Su boca descarnada se cierra. Tiene que darse prisa, no sea que algún guardabosques del Conde Nadasdy la descubra.

El cadáver es reciente, pero ya los cuervos han dado comienzo a su tarea, y donde antes había un par de ojos vidriosos, desorbitados por la agonía, hay ahora dos órbitas vacías. Mañana devorarán la lengua, que pende negra, gigantesca, entre las mandíbulas apretadas. Sólo el tosco sayal de arpillera, que apenas cubre una ínfima parte de las piernas desnudas, ha impedido que picoteen el vientre, buscando las vísceras. Pero los buitres no serán tan respetuosos.

Dorko baja la vista, y allí, en el suelo, a los pies del patíbulo, ve la flor negra de pétalos carnosos y repulsivos de aroma enervante y ponzoñoso. El perro, también negro, sujeto con una soga de esparto, gime y trata de escapar. Dorko le sujeta; sin oírlo a través de la cera que tapona sus oídos. nunca vio antes la flor

de la carne pero la conoce muy bien. Sabe que su nacimiento es casi un milagro, que depende de la conjugación de Saturno y de la Luna bajo el signo de Capricornio. Y de que el cuerpo, que pende sin vida, haya fecundado la tierra con su simiente.

Hay dos formas de ahorcar. La primera es rápida y hasta cierto punto humanitaria. Una vez puesta la soga el cuello bruscamente se deja caer el cuerpo a plomo. Los pies no encuentran el suelo y la tensión de la soga hace que el cuello se rompa. La muerte es inmediata. No por crueldad, y sí por desconocimiento, los hombres del Conde Nadasdy jamás emplean tan sabio procedimiento con los campesinos que se rebelan y queman las cosechas. En su lugar los izan desde el suelo hasta que sus pies quedan a una vara de la tierra y los abandonan a sus suerte. De forma lenta y terrible el lazo se estrecha, corta la carne, y el aire deja, poco a poco, de entrar en los pulmones. El pataleo inicial cesa, la boca se abre, la lengua asoma y se alarga, lentamente, hasta límites inconcebibles, mientras su color, como el de los labios y la cara, pasa del rojo al morado y finalmente al negro. La muerte tarda en llegar. Por eso no es extraño que amigos o parientes tiren de sus piernas o se suban sobre sus hombros para acelerar la agonía. Y mientras la muerte llega, un extraño fenómeno tiene lugar. Hay una parte del cuerpo del ahorcado que se hincha y agranda. Así el momento final de la vida coincide con una copiosa eyaculación. Es, tal vez, el placer de morir. La simiente cae al suelo o empapa las ropas. Si se mezcla con la tierra ocurre el milagro. La mandrágora negra germina y ve la blanca luz de la próxima luna llena. Y como para preparar el suelo y hacer que el vegetal humano crezca poderoso, el cadáver, ya flojos los músculos, riega la tierra con su orina y la abona con sus excrementos.

Dorko ha atado al perro e inclinada excava el suelo con las uñas alrededor de la flor, tratando de dejar al descubierto la raíz. La ve pronto aparecer con la forma de un cuerpo humano dotado de brazos y piernas con un mechón de pelo en su parte superior.

La bruja sabe que no debe tocarla mientras permanezca unida a la tierra y mucho menos arrancarla con sus manos. Ata la raíz con la soga de esparto y rodea con ella el cuello del perro. Luego ahuyenta al animal de una patada. Éste huye despavorido y un grito espantoso traspasa la cera y taladra el cerebro de la vieja.

Dorko siente estallar su cabeza; pero corre hasta el cadáver del perro que yace con el cráneo reventado manando sangre por el morro y las orejas. La mandrágora está ahí en el extremo de la soga que ahora desata. La alza en son de triunfo y la guarda luego junto a su pecho.

Su tarea no ha terminado. Tiene ahora que trepar por el patíbulo, cortar la soga y dejar que el cadáver caiga al suelo. Inclinada sobre él corta mechones de sus cabellos y arranca algunos dientes de con sus tenazas. Tampoco el cadáver del perro se libra de su rapiña. Ha abierto el vientre, todavía caliente, y extrae la hiel con todo cuidado. Luego mezclará todo para preparar sus pócimas y sus ungüentos, añadiendo otros ingredientes que conserva celosa en su cabaña; todos ellos tan repulsivos y difíciles de obtener como los que ahora guarda en su saco. Tierra de cementerio, venenos de sapo y de serpiente, sangre menstrual de doncella, sebo de macho cabrío negro, estramonio, adormidera, acónito... Con ellos conseguirá que sus enemigos enfermen y meran, que sus cosechas se llenen de cornezuelo, que las bestias se hinchen hasta reventar, que los ancianos recobren su vigor sexual, que hombres y mujeres se entreguen al amor. O tal vez los mezcle con la manteca de un cadáver, con el extracto de ciertos hongos venenosos y con aceites de mirto, valeriana y belladona para fabricar el ungüento con que unge su cuerpo y lo prepara para el vuelo en las horas que preceden al sabbath.

Pero es probable que no haga nada de eso. Sus oídos sellados no perciben el entrechocar de los cascos de los caballos al galope ni los relinchos al detenerse. Es, al sentir el látigo, que cruza su espalda y corta como un cuchillo sus harapos y el pergamino de su piel, cuando Dorko se vuelve para encontrarse con la mirada cruel del Conde Nadasdy.

—¡Pagarás con la vida tu osadía, bruja de mil demonios!

Dorko escarba frenéticamente en sus oídos, liberándolos de la cera. No ha alcanzado a oír la frase del conde, pero comprende su significado.

La soga, manejada por uno de los soldados, ha ascendido silbante hasta el patíbulo, y sus dos cabos penden como el frío cadáver de serpiente que la bruja utiliza en sus hechizos. El más fiel de los criados del conde, que siempre le acompaña, un eunuco, enano y grasiento ríe cruel con su voz atiplada.

Los ojos de Dorko están fijos en la condesa, blanca la luna, blanca la piel de su cara, blanco el vestido bordado de perlas blancas, blanco el armiño de la blanca capa, mientras aprieta contra su pecho la raíz mágica. El vegetal humano tiene que protegerla. Y, efectivamente, la mandrágora pone en sus labios palabras de salvación.

—Señor, nada malo he hecho. Mis ungüentos sólo sirven para conservar la piel blanca y el cuerpo joven.

El conde ríe. Basta mirar el cuerpo de la arpía para comprobar lo ridículo de su afirmación.

Pero la condesa interviene.

—Dejalda probar lo que dice. Que venga mañana al castillo. Y si miente...

El conde mira con cariño a su esposa. Es un tosco guerrero y la ama, como se ama a una niña. No en balde la desposó cunado sólo tenía quince años. Por eso lo perdona todo, lo disculpa todo, como si de caprichos infantiles se tratara. Hasta que golpee a sus camareras en sus frecuentes accesos frenéticos de furor. Y es que, aunque bella y delicada, corre por sus venas la sangre de los Báthory, la misma que hace tres siglos

animara a Andrés Briccius y le valiera el apodo de «Bathor» —valiente. Éste y otros motivos contribuyen a la estima del conde hacia su esposa. La estirpe de los Nadasdy figura entre la más alta nobleza húngara; pero Erzebet es sobrina de Esteban, príncipe de Transilvania y rey de Polonia, y aunque este haya fallecido recientemente, los Báthory conservan intactos sus poderes, riquezas e influencias.

Teniendo en cuenta, tal vez, todo esto, el conde asiente ante la demanda de su esposa. Chasquea el látigo de nuevo sobre las espaldas de la bruja.

—Preséntate mañana en el castillo. Los buitres pueden esperar. Y ¡ay de ti si escapas!

Ha dado una orden, y las órdenes no esperan respuesta. Vuelve el caballo y lo lanza al galope. Su esposa y sus criados le siguen.

Dorko se queda un momento quieta y sonríe. La mandrágora la ha salvado. Mañana irá al castillo y es probable que la Condesa Báthory la tome a su servicio. Vuelve a reír y hasta ejecuta unos ridículos pasos de danza.

Luego se inclina de nuevo sobre el cadáver. Saja el vientre con el cuchillo. Ahora tiene tiempo y puede trabajar sin miedo. Busca la grasa que rodea al hígado. Más tarde amputará la mano derecha. Piensa que ambas pueden serle en un futuro de utilidad.

Erzebet está sola, desnuda frente al espejo. Como cada mañana escruta, punto a punto, la piel de su cara, buscando una arruga ínfima, un defecto de color en su palidez blanca y uniforme con el solo contraste del negro de su pelo y de sus ojos. Cuando termine con su rostro, comenzará el examen de su cuerpo, también de una blancura inmaculada sólo rota por el rosa de sus pezones y la negrura de su pubis. Comprobará la dureza y colocación de sus senos redondos y pequeños, la turgencia de su carne, la lisura de su vientre; todo ello buscando el menor signo de envejecimiento que desde hace años es su miedo obsesivo. Como cada día, mes tras mes, año tras año, no encuentra en su cara o en su cuerpo vestigio alguno de destrucción, como si el tiempo se hubiera detenido. Ha nacido en el año de gracia de 1560. Rebasa ahora, en el nuevo siglo que se inicia, los cuarenta años. Nadie lo diría. Su cuerpo es suave, blanco y delicado como el de una adolescente, y ni una sola sombra blanca aclara sus cabellos. Ahora su cuerpo es más blanco. La vieja Dorko hace bien su trabajo. Hace ya varios años que la sorprendieron en el bosque. Desde entonces la bruja vbive a su lado en el castillo de Csjthe, en las tierras húngaras de su esposo, Ferenz Nadasdy. Noche tras noche sus doncellas ungen su cuerpo con el ungüento que Dorko prepara para ella. La mejor de sus fórmulas. En su cubil secreto, en una ala del castillo, entre redomas, retortas y alambiques, la bruja extrae los aceites de plantas exóticas: arándanos, almendras dulces y amargas, bayas de enebro, artemisa, genciana, macerándolas con espíritu de madera comprado a peso de oro al alquimista de la corte imperial. Luego extrae también la grasa del hígado de un carnero jeven y, dejando que el espíritu escape, mezcla todo con polvo de placenta humana, con leche de yegua y sangre de torcaz. Pero, una vez preparado su invento, son otras manos las que lo extienden sobre el cuerpo desnudo de su dueña, porque la condesa Báthory no tolera el contacto de las manos sarmentosas de la vieja sobre su piel.

Dorko hace bien su trabajo. El miedo es el mejor consejero. Las palabras de Erzebet están siempre presentes en su afán.

—¡Una sola arruga, Dorko, una sola imperfección, y la muerte más terrible que puedas imaginar no será nada comparado con lo que te espera!

Erzebet ha terminado su examen ante el gigantesco espejo que ha hecho traer especialmente desde Italia. La luz del sol penetra araudales por el ventanal. A Erzebet le gusta verse reflejada, pero abomina de sus rayos que podrían alterar su blancura total.

Un par de palmadas suaves, apenas audibles, y sus doncellas, que han estado aguardando fuera, silenciosas, entran y comienzan a vestirla con uno de sus blancos vestidos bordados. Tiene casi un centenar de trajes, todos bordados, casi todos blancos, algunos negros, jamás de color. Vestidos que se cambia continuamente a veces hasta quince veces en un mismo día. Ya vestida, la van cubriendo de joyas. Sus treinta sortijas —tres en cada dedo—, su collar de rubíes, sus aretes, sus pulseras, su diadema de perlas...

* * *

Erzebet medita en el gran salón del castillo. Está sentada en un enorme sillón de madera, cuero y terciopelo, casi un trono. A su espalda, formando dosel, un tapiz bordado muestra el escudo de los Báthory con su corona ducal y una cabeza de lobo con las fauces abiertas que campea los gules de un solo cuartel.

Mientras Erzebet medita, sola en la magnitud de su grandeza, frente a ella, a prudente distancia, un grupo de doncellas borda en silencio. A su derecha, sentada en un escabel, Dorko aguarda atenta el menor de sus deseos. A su izquierda, acurrucado en el suelo, mirando a un lado y a otro con ojos maliciosos, está el eunuco. El es único hombre —si es que puede llamársele así— en esta corte de mujeres. Esa distinción le hace, tal vez, sonreír con una sonrisa socarrona y cruel. Tan cruel como aquella acción lejana que le privó de sus testículos antes de alcanzar la pubertad, que los eliminó de un solo golpe de cuchilla, que luego, puesta al rojo, cauterizaría la herida. Todo un arte oriental.

Súbitamente, el dolor llega. Un dolor que Erzebet conoce de antemano, que sufre con frecuencia. Que taladra la cabeza desde delante y hacia atrás, desde los ojos al cerebro, que es traspasado como si los rayos de luz estuvieran fromados por minúsculas cuchillas de acero. Y, justamente cuando va a llevarse las manos a los ojos, la risa sofocada de una de sus costureras estalla en el interior de su cabeza como el proyectil de una bormarda. Pero la risa ha desaparecido para dar paso al terror porque la condesa se ha levantado y avanza hacia ella con los ojos desorbitados, chillando como una posesa, y comienza a golpearla con las manos, a desgarrar su cara con las uñas, sin dejar de chillar de forma inarticulada, y luego, arrebatándole el bastidor de las manos, la golpea con él una y otra vez en el rostro, con tal violencia que la sangre salta, y una sola gota se proyecta hasta una de las mejillas de la condesa, y se queda allí, inadvertida, como un lunar rojo interrumpiendo su blancura.

Erzebet lanza un gran grito y cae al suelo. Dorko, en seguida, se alnza en auxilio de su dueña. Ya conoce sus ataques; la espuma en la boca, los temblores, el pataleo. Hay que evitar que se golpee la cabeza, que se muerda la engua. Varios siglos de matrimonios consanguíneos han suministrado a los Báthory de una cierta propensión a la epilepsia.

* * *

En un ala extrema del castillo, en el aislamiento total de su cubículo, rodeada de sus útiles mágicos, de sus instrumentos de alquimia, la vieja Dorko, se dispone a invocar a su único dueño: el Señor de las Tinieblas.

Ha dejado a su ama terrenal sumida en el suño profundo de uno de sus enjuagues. Después del ataque vespertino la ha suministrado, mezclado con vino, polvo de adormidera blanca. Lo ha hecho, como siempre, temblando de miedo. Teme que tras alguna de sus crisis después de una noche de insomnio con la cabeza palpitando de dolor o, en el mejor de los casos, tras un sopor agitado Erzebet despierte y al mirarse al espejo descubra bajo sus ojos un pequeño pliegue violáceo, una pequeña arruga en uno de sus párpados o en una de las comisuras de sus labios. Sabe que si eso sucede su fin habrá llegado.

Pero hay algo más. Noches pasadas, en su duermevela habitual, ha creído intuir la llamada del Dios Negro reclamando su presencia ante él deseoso de transmitirla sus órdenes.

Por eso invoca al Diablo entre los cuatro muros espesos e inaccesibles de su celda recubiertos de negras colgaduras, a la luz del candelabro de conco brazos que forma la mano reseca del ahorcado con sus cinco dedos embadurnados de sebo que lo transforman en cinco candelas.

La mano —sangrada en un trozo de sudario, macerada en vasija de barro con sal, pimienta, salitre y cardenillo, secada al sol y tostada al horno, entre hojas de helecho y de verbena, hecha combustible con la propia grasa del difunto mezclada con cera y aceite de sésamo— arde iluminando apenas el recinto. Dorko ha trazado en el suelo con carbón y creta el círculo mágico que la protegerá, evitando que su amo y señor la acoja en su sena antes de tiempo. Dentro del círculo, con los pies asentados sobre la piel de un cabrito virgen en la que se marcan signos y tres nuevos círculos concéntricos, Dorko enciende el último de los pebeteros en el que arderán azufre y un puñado de sus cabellos. Los otros cuatro hace tiempo que aroman el ambiente de forma enervante con los cuatro perfumes: ámbar, mirra, incienso y la flor del alcanfor. Mientras el humo se eleva, Dorko musita su letanía. Es miércoles, y, por tanto, la potencia infernal convocada debe ser Astaroth. Las palabras se suceden monocordes: Anhath Theop Siderhot Amankiel, en el nombre de Satán, en el nombre de Beelcebuth, Astaroth yo te conjuro, solicitando tu amistad y tu protección. Así, como tú me sirvas ahora, te serviré yo eternamente en lo sucesivo...

Dorko siente un frío intensísimo que hace castañetear sus dientes y en seguida un fuego terrible en ele que su sangre hierve. Es su Señor que llega, inundando la estancia de pestilencia, avivando la llama del azufre, iluminándolo todo con un espesor rojizo.

Lentamente, con movimientos de autómata, la bruja ha destapado un cesto y extrae un gato negro que se debate entre maullidos en sus manos, cubriéndolas de arañazos. Dorko no siente el castigo del animal, cuyo vientre desgarra ahora con un chchillo embutido en un mando de negro cuerno. Es ahora, sobre las vísceras humeantes que todavía palpitan cuando escucha la respuesta a su invocación. Una sola palabra: sangre.

El cadáver del gato cae de las manos de Dorko. Ahora sabe que Satanás estará permanentemente a su lado y al de la Condesa Báthory. Que no ha de abandonarlas nunca.

* * *

En la soledad de su cuerto, rodeada de la púrpura aterciopelada de tapices, doseles y cortinajes que reducen la luz solar a lo imprescindible, la Condesa Báthory interroga de nuevo su cuerpo ante el espejo. La pócima tomada el anochecer anterior ha dejado su cuerpo descansado. De pronto una extraña sensación la invade: la de ser observada, la de que alguien, situado a su espalda, comparte con ella la estancia. Va a volverse, pero la visión del espejo la hace desistir. Allí está su imagen, la de las paredes, la de los muebles, y ninguna otra.

Erzebet da comienzo a su examen. Ninguna blancura en los cabellos, ninguna arruga en la frente, ni en los párpados, ninguna bolsa bajo los ojos. Ninguna... Pero hay algo. Un pequeño punto oscuro, casi negro en una de sus mejillas. Un punto que antes no existía. que jamás estuvo ahí.

Sorprendida, preocupada, la condesa se pregunta interiromente sobre su origen.

La respuesta llega, inmediata, sin tiempo para conjeturas. Llega de una voz firme que resuena a su espalda.

—Es sangre.

Erzebet se vuelve sobresaltada. Frente a ella, una mujer vieja, lata, terriblemente delgada, vestida de negro, la observa impasible. Repite:

—Es sangre. Sangre ya seca. No tengas cuidado.

La condesa la observa entre la indignación y el asombro. Es tan vieja como Dorko, pero mientras la bruja inspira repugnancia, la recién llegada genera miedo. Ese temor hace que las palabras de Erzebet sean menos violentas de lo esperado.

—¿Quién sois? ¿Cómo habéis entrado aquí?

La vieja no duda al contestar.

—Me llamo Dárvula y estoy a tu servicio. Para eso he sido llamada.

Es la condesa quien tartamudea confusa:

—¿Dárvula? No os conozco ni os he llamado.

La vieja asiente:

—Tienes razón. Ha sido Dorko, tu sirvienta, quien me ha llamado. Si deseas que me vaya...

Ahora Erzebet escucha sorprendida sus propias palabras.

—No, quédate aquí. Decías que esa mancha...

—Es sangre. De una de tus costureras. Puedes comprobarlo. Saltò a tu cara la tarde pasada y te ha acompañado durante el sueño.

Dárvula empapa la punta de un pañuelo en el agua de rosas del aguamanil y frota con ella la mejilla de la Báthory. Luego, le muestra la tela manchada de herrumbre.

Erzebet se vuelve hacia el espejo. La mancha ya no existe, pero en su lugar hay un pequeño círculo más blanco aún que la piel que la rodea. Susurra:

—Mi piel...

La voz de Dárvula resuena de nuevo a su espalda.

—Es más blanca. También más joven. Es la sangre. Sangre de otros derramada por ti y para ti. La sangre es la vida. Eso es algo que los hombres han sabido desde siempre. Es también la juventud. Envejecer es empezar a morir.

La condesa trata de aclarar las ideas que bullen en su cerebro.

—Es posible. Pareces saber muchas cosas. Más que Dorko. Aunque ella emplea sangre de animales y de personas en sus ungüentos.

Dárvula la interrumpe.

—No es esa sangre a la que me refiero. Es sangre humana, sólo humana. Sangre derramada, sangre que fluye llevándose la vida consigo. Tienes muchas cosas que aprender. Yo te enseñaré. A ver morir. A matar y lo que ello significa. Pero no debes despreciar a Dorko. Ella nos sirve lealmente, y lo hará hasta que su ayuda deje de ser necesaria. Sí, yo sé muchas cosas. Todas las cosas.

Erzebet medita en voz alta.

—Si lo que dices de la sangre es cierto, pienso que...

Dárvula la interrumpe de nuevo.

—Sé lo que has pensado. Se hará como deseas, pero antes es preciso que conozcas ciertas cosas. Yo

puedo sugerirte, aconsejarte, materializar tus deseos, pero tú, solamente tú puedes decidir. Todo tiene un precio, condesa, ¿estás dispuesta a pagarlo?

—¿Qué precio? —pregunta Erzebet.

—La vida y la juventud eterna tienen un precio —continúa la vieja—, vencer a la muerte significa ser la Muerte misma. Eso obliga a renunciar a ciertas cosas. Como a la luz del sol.

Erzebet sonríe.

—¿El sol? ¿Sólo eso? Concedido. Nunca me interesó.

—De momento sólo a eso. Más tarde... Pero, aún es pronto para hablar.

La condesa la mira entre curiosa y divertida. Luego, sólo hay una sopresa al observar que a los pies de Dárvula la luz de las antorchas no forma como a los suyos un halo de penumbra, una silueta gris. Intranquila, pregunta:

—¿Qué pasa con tu sombra?

La vieja, que nunca sonríe, entreabre la boca en una mueca desagradable.

—No pasa nada. Simplemente no existe.

—Eres una mujer extraña. Careces de sombra, y nunca vi tu imagen en el espejo.

Dárvula la mira con ojos fríos.

—Es posible que sea extraña, pero no soy una mujer. Déjalo, no lo enterndierías. ¿Deseas algo más? El trabajo que tu quieres que lleve a cabo me espera.

—No te entiendo —exclama Erzebet—. Entonces, ¿seré siempre joven, siempre bella?

—Me entenderás —replica Dárvula—. Más tarde. Ahora sería imposible. Sí, los que hoy existen , los que existirán mañana, y aún no han nacido, te verán siempre foven y bella. Igual que ahora. ¿Es eso suficiente?

La condesa queda un momento en silencio. Las ideas bullen en su cerebro de forma enloquecedora. Luego, replica:

—Sí, es suficiente. Pero, ¿y yo?, ¿me veré yo?

—Sólo druante un tiempo. Hasta que el tránsito se efectúe. Luego, tu espejo, o cualquier otro, se negará a ser interrogado. La Muerte, condesa, carece de imagen y de sombra. Aquellos que te miren suplirán su falta.

Erzebet ha comenzado a temblar. Balbucea:

—Entonces tú... que no tienes imagen ni sombra... eres la Muerte...

Dárvula estalla colérica:

—¡Basta ya de preguntas! ¡Hay cosas más importantes que hacer! Soy quien soy. La Muerte y mucho más. Tu muerte y tu eternidad. La de tu cuerpo y la de tu alma. Soy tu soledad, condesa. Por toda la eternidad. No temas, no hay Infierno que te espere. Eres tú y ha comenzado ya. A menos que renuncies a él. Entonces, cualquier ungüento, cualquier pócima será inútil. Serás primero un montón de pieles arrugadas, y más tarde uan tea que nunca se consume y un poco de polvo que se lleva el viento. Elige.

La Condesa Báthory no duda al contestar.

—Ya lo he hecho. Haz todo aquello que sea necesario.

La condesa baja los ojos. Al levantarlos, Dárvula ya no está.

* * *

Amanece. Erzebet ha pasado la noche en vela, reclinada en el lecho, en la oscuridad. Los gruesos cortinajes corridos sobre el ventanal no dejan filtrarse un solo rayo de sol.

Bruscamente la puerta se abre. Rn el marco, Dárvula sostiene una antorcha en la mano. Avanza.

La condesa se incorpora. La vieja grita:

—¡Levántate! El baño está esperando.

Erzebet, desnuda, baja de la cama. Dárvula enciende con su antorcha los hachones y las velas de los candelabros. Lanza una mirada a la pequeña bañera de mármol blanco, excabada en un solo bloque que aparece en uno de los rincones del camarín de la condesa.

Dárvula ordena:

—Ese recipiente servirá. Túmbate dentro de él.

La Báthory entra en el baño. El frío contacto de la piedra la hace estremecer. Ve, ahora, a Dorko y el eunuco que entran portando cada uno un gran cuenco de barro humeante. La presencia del hombre menguado hace que Erzebet se sienta desnuda. Pero la mirada de Dárvula la inmoviliza y la impide protestar.

El calor de la sangre que comienza a caer sobre ella la reconforta. Se queda quieta mientras la siente correr por su piel, caer sobre el vientre, sobre los muslos, sobre el pecho.

Dárvula se dirige a Dorko:

—Mójale la cabeza y el pelo.

Erzebet se siente cegada por una nube de terciopelo rojo. Cierra los ojos. En silencio, pasa mucho tiempo. Dólo cuando la sangre se ha enfriado y empieza a temblar, Erzebet se decide de nuevo a abrirlos. AL intentarlo encuentra la resistencia de una pegajosidad viscosa. Cuando finalmente lo consigue ve, ligeramente teñida de rojo a Dárvula, sola a su lado, de pie junto al baño, en el que la sangre ha empezado a coagular. La vieja le imparte sus instrucciones:

—Ya puedes levantarte.

La condesa se yergue. Está cubierta, de cabeza a pies, de un barro rojizo del que se desprenden cuajarones oscuros.

Dárvula la envuelve en un blanco lienzo. Luego, la ayuda a salir del baño y la encamina hacia la cama.

Erzebet se acuesta. Dárvula la cubre con una sábana, mientras le dice:

—Ya es de día y debes dormir.

La voz de la condesa llega apagada a través de las ropas que la cubren.

—¿Cómo ha sido?

Dárvula contesta molesta:

—Una de tus doncellas. No te preocupes, era bastante inútil.

—La próxima vez —replica Erzebet— deseo verlo.

—Debes verlo —afirma la vieja—. La próxima vez y todas las veces.

Luego, sólo queda el silencio. la sangre, al secarse, hace que la piel se estire. La condesa dormida, no advierte este pequeño detalle de indudable valor cosmético.